

INTRODUCCIÓN

El cinismo es un producto de las transformaciones sufridas por el espíritu griego en el siglo IV a. J. C. El desmoronamiento del mundo circundante y la ruptura interna dieron como resultado, en el plano cínico, la negación de todos los valores reconocidos hasta entonces y la protesta contra las necesidades fomentadas artificialmente por una cultura elevada y contra la sociedad que las sentía. Nació enmarcado en la crisis de la ciudad-estado, se alimentó del individualismo triunfante que, a través de la nueva doctrina, estaba destinado a alcanzar extremos jamás soñados y, como apunta Ferrater Mora,¹ fue más un fenómeno humano y social que una fase en la historia de las ideas.

Los cínicos forjaron una revolución, aunque limitada al terreno espiritual: la felicidad deja de ponerse en los bienes materiales y se centra en la carencia de necesidades. Frente a la dependencia del exterior, proclaman la libertad interior del individuo. Bien es verdad que el cinismo se construyó sobre la filosofía socrática, aprovechando materiales de aquel soberbio edificio, la sombra del cual se hizo sentir no sólo en el pensamiento del siglo IV, sino en el de todo el tiempo que le quedaba de vida al mundo antiguo. El cinismo, sin embargo, ofrece características nuevas: el campo de interés se estrecha. El filósofo se preocupa única y exclusivamente de la ética. La investigación científica y lógica cae en el olvido y divinidad y naturaleza interesan muy poco.² Inútiles parecen los conocimientos de geometría, astronomía y música (todo cuanto constituía los ἐγκύκλια μαθήματα) y no merecen más que el desprecio de hombres como Diógenes o Bión.³ Antístenes llega a prevenirnos contra el saber leer y escribir, si hay que creer a Diógenes Laercio.⁴ Y, sin embargo, la lista de las obras que compuso contiene un número de títulos considerable, repartidos en diez volúmenes.⁵ entre los que se encuentran exposiciones alegóricas de los poetas. Seis siglos más tarde, Luciano nos dirá que los libros (no, claro está, en ediciones de lujo) eran contenido habitual del zurrón del cínico.⁶ He aquí, pues, la paradoja fundamental que caracteriza al cinismo: este movimiento que, en un principio, iba a luchar contra la cultura griega —contra toda cultura—,

1. Ferrater Mora, "Cyniques et stoïciens", *RMM*, 62, 1957, p. 20.

2. D. L., VI, p. 103; Iul., VI, p. 190 a.

3. D. L., VI, pp. 27 ss., y 73; IV, p. 53; Dio Chrys., XIII, p. 425.

4. D. L., VI, p. 103.

5. D. L., VI, pp. 15-18.

6. Luc., *Vit. auct.* 9.

acaba por añadirle un capítulo más, todo lo subversivo que se quiera, pero continuación al fin.

En una carta pseudo-diogénica que, a pesar de ser apócrifa, contiene —como todas las de la colección— un amasijo de tópicos cínicos, se le pregunta al filósofo de Sínope para qué llevan los cínicos el bastón.⁷ “Para su seguridad”, responde Diógenes y explica: “Para lo mismo que lo necesitan los dioses, contra los poetas” (ep. 30 Hercher). Y, sin embargo, nos consta que Diógenes, Crates, Menipo, Cércidas y muchos otros adeptos de la secta escribieron poesía. De todos modos, también el epicureísmo era hostil a los géneros poéticos y Lucrecio vertió su entusiasmo por la doctrina del Jardín en hermosos hexámetros. Conviene, por tanto, tomar *cum grano salis* ciertas declaraciones programáticas demasiado tajantes de las sectas recién nacidas. El cinismo se presenta, en un primer momento, como una oposición a todo, como una verdadera “contracultura del mundo antiguo”, según acertada expresión de C. Miralles:⁸ pero pronto la naturaleza misma de las cosas, las exigencias del movimiento y el peso de la tradición filosófica y literaria harán que no todo sea nuevo y radicalmente “anti” en el cinismo.

Como hace notar Dudley,⁹ este complejo fenómeno que denominamos “cinismo” se presentó bajo tres aspectos perfectamente separables: una vida ascética y errante, un ataque a los valores establecidos y un cuerpo de géneros literarios especialmente aptos para la sátira y la propaganda filosófica popular. En tres planos, pues, se manifestó la nueva ideología: en el vital, en el del pensamiento y en el de la literatura. Y si como corriente de pensamiento no pasó de ser una rudimentaria vulgarización de la ética socrática, que exageraba la austeridad hasta convertirla en fanático ascetismo y endurecía la ironía hasta el sarcasmo, su vertiente literaria, en cambio, presenta rasgos auténticamente interesantes.

El carácter eminentemente popular de la nueva corriente lleva a sus adeptos a buscar cauces inéditos para hacerla llegar a la masa. A esta necesidad responde la renovación de los géneros consagrados por una tradición que ya llevaba tres siglos sobre sus espaldas. La originalidad cínica —originalidad relativa, como luego veremos— plasmó en dos niveles distintos: el del continente y el del contenido. Dicho en otras palabras, por un lado introdujo un repertorio nuevo de temas o una manera nueva de tratar los tradicionales en el panorama conservador de la literatura griega; por otro, promocionó nuevas formas y dio inusitada relevancia a algunas ya existentes. La época, además, colaboraba con el movimiento naciente para el logro de tales resultados: no olvidemos que en el siglo iv empieza a sentirse esa ansia de novedad que caracterizará al Helenismo, período que lleva consigo, como ha puesto de relieve Gordon Williams,¹⁰ la disolución y el entrecruzamiento renovador de los géneros tradicionales. En este

7. El bastón constituía, junto con el manto y el zurrón, una pieza indispensable del “uniforme” de todo cínico auténtico.

8. C. Miralles, “Los cínicos, una contracultura en el mundo antiguo”, *EC*, 61, nov. 1971, pp. 347-348.

9. D. R. Dudley, *A History of Cynicism*, Londres, 1937, pp. xi-xii.

10. Gordon Williams, *Tradition and Originality in Roman Poetry*, Oxford, 1968, p. 240.

marco el cinismo es, a la vez, factor de renovación y sujeto afectado por un ambiente deseoso de oír y leer cosas nuevas.

Hemos dicho que la originalidad del cinismo en el plano literario era relativa porque, a pesar de su programa de inversión de valores y de oposición cultural, no pudo desprenderse de un bagaje que formaba parte de todo hombre griego medianamente instruido (y, en general, los cínicos de las primeras generaciones fueron hombres instruidos). Aunque sólo fuera para parodiarlas, Crates tuvo en cuenta la *Elegía a las Musas* de Solón y Menipo la *Nékyia* homérica: también la parodia es una forma de enlazar con la tradición. El yambo hiponacteó, la comedia antigua, son elementos definitivos a la hora de formarse el nuevo estilo cínico. También la tragedia —y, en especial, Eurípides— será saqueada en busca de máximas adaptables a este nuevo enfoque de los problemas vitales. Con todo, los cínicos llegaron a conseguir una manera de hacer propia, bastante coherente dentro de lo heterogéneo de los elementos que la componían. Este modo de hacer, por su carácter eminentemente popular, se difundió e influyó en muchos literatos que, en cuanto a pensamiento, se hallaban muy alejados de la órbita cínica. El *κυνικός τρόπος* se convirtió en algo completamente independiente del *κυνικός βίος*, y podemos hallarlo en un hombre rico y conservador como Varrón o en un simpatizante del epicureísmo como Horacio.

Es muy difícil dar una definición de lo que debe entenderse por *kynikòs τρόπος*: si pretendemos establecer un concepto unificador y omnicompreensivo, no nos queda más remedio que definirlo como “la manera de hacer cínica en el terreno literario”, que no es más que una traducción del concepto griego —concepto, por otra parte, jamás utilizado por los griegos antiguos—, y que, por tanto, resulta redundante. Mayor utilidad tendría un concepto descriptivo, enumerativo de los diversos rasgos que lo caracterizan. Mas éste va a ser, de hecho, el contenido del presente trabajo.

Un punto conviene dejar sentado desde la introducción: no vamos a recoger en nuestro estudio del *kynikòs τρόπος* todas aquellas obras en las cuales parezca latir un enfoque u orientación más o menos cínico, porque, de hacerlo así, el concepto se convertiría en algo tan amplio que acabaría por borrarse. Pensemos, por ejemplo, en la obra del historiador Teopompo: Gilbert Murray, en un trabajo muy atractivo,¹¹ ha puesto en relación su forma de enfocar la historia —servirse de ella para llevar a cabo una crítica mordaz, dura, negativa de la manera de ser de pueblos e individualidades— con el cinismo, partiendo de un lugar de Laercio (VI, 14) en que se nos da a conocer la admiración que el historiador sentía por Antístenes. Ampliar el ámbito del *kynikòs τρόπος* hasta dar cabida en él, por las razones aludidas, a un Teopompo resultaría peligroso y, además, desorientador. Por ello, vamos a limitarnos al estudio de la literatura creada por el cinismo y a las aportaciones del mismo (de tipo temático y formal, principalmente) que aprovecharon luego escritores no miembros de la secta. En este sentido, Teopompo queda excluido, porque, aunque el pensamiento antisténico pudo haberle servido de orientación para su obra, nada hay

11. G. Murray, “Teopompo o el cínico como historiador”, en *Grecia clásica y mundo moderno*, Madrid, 1962, pp. 156-177.

en la estructura y contenido de la misma reconducible a las composiciones de Crates, de Bión o de Menipo.

La falta de rigor filosófico y de conciencia de escuela que caracteriza al movimiento cínico, facilitaron enormemente ese desprendimiento de su vertiente literaria con respecto a su pensamiento propiamente dicho. Estos rasgos, junto con el carácter popular al que debió su difusión, son un arma de dos filos, ya que acaban por desfigurar los contornos de determinadas obras hasta el extremo de que nos es difícil decidir si deben ser afiliadas a la tradición cínica o tienen un carácter meramente popular. El hecho de que uno de los rasgos esenciales del *kynikòs trópos* sea la presencia de elementos populares, no nos da derecho a ver en toda obra de tipo popular un reflejo de la literatura cínica. Sin embargo, lo cierto es que en muchos casos resulta difícilísimo trazar la frontera entre lo que supone una manifestación del *kynikòs trópos* y lo que no.

Sirva de ejemplo la polémica suscitada por P. Valette con motivo del libro de Gerhard sobre la poesía de Fénix de Colofón. Gerhard, en un trabajo documentadísimo,¹² puso los fragmentos que nos han llegado de este yambógrafo del siglo III a. J. C. en relación directa con la tradición cínica, a lo que se opuso el francés,¹³ alegando la inexistencia de notas cínicas de carácter absolutamente diferenciador en la obra de Fénix. Sin perjuicio de que en otra parte volvamos sobre la cuestión, conviene que hagamos referencia a un artículo breve pero muy inteligente de D. Serruys¹⁴ en el que, además de responder a Valette, sienta unos principios muy lúcidos a la hora de querer trazar el parentesco entre un determinado texto y una corriente concreta de pensamiento, en este caso el cinismo.

Serruys acoge el principio de que la afiliación de un texto a un medio doctrinal sólo puede establecerse a través de los caracteres distintivos y diferenciales del medio en cuestión. Con todo, se apresura a añadir que nada es más variable en determinados casos que las notas diferenciales de una doctrina, ya que:

a) Según el grado de originalidad de la doctrina observada, los caracteres distintivos son más o menos limitados. En un cínico, las teorías originales se ven limitadas a la esfera ética.

b) Según la época en que observemos una doctrina, sus notas distintivas serán más o menos numerosas, ya que el hecho mismo de su propagación en medios distintos tiende a reducirlas. Está claro, por ejemplo, que a partir del momento en que Zenón se independiza del cinismo para fundar el estoicismo, una serie de pensamientos se harán patrimonio común de ambas doctrinas y, en muchos casos, nos será del todo imposible trazar el origen de una determinada idea. En los días de Horacio resultaba ya prácticamente imposible discernir lo específicamente cínico.

c) Dentro de una misma época las características diferenciales de una doctrina son más o menos acusadas según el medio observado.

12. G. A. Gerhard, *Phoinix von Kolophon*, Berlín, 1909.

13. P. Valette, "Phoenix de Colophone et la poesie cynique", *RPh*, 37, París, 1913, pp. 163-182.

14. D. Serruys, "A propos de Phoenix de Colophon", *RPh*, 37, París, 1913, p. 183-190.

Por otra parte hay que considerar que:

a) La búsqueda de huellas de una determinada doctrina se basa forzosamente en una especie de canon ideal de la doctrina en cuestión establecido de acuerdo con su forma primitiva o su manifestación más rigurosa, lo cual no deja de dar lugar a una comparación arbitraria.

b) Los elementos extraños u opuestos al canon ideal de la doctrina no constituyen forzosamente una prueba en contrario, pues son frecuentemente imputables a compromisos propios de las sectas o de los individuos. En el caso cínico, si quitamos la doctrina de *áskesis* individual y de moral social, lo demás nos resulta variable.

Por todo lo cual, Serruys recomienda un método aproximativo que se basaría en:

a) Tener en cuenta los elementos esenciales de la doctrina, a condición de que sean comunes a todas las sectas y a todas las etapas de su evolución y a pesar de que sean comunes a la doctrina observada y a otras escuelas.

b) No negligir los aspectos secundarios, los que no aparecen, en principio, como característicos de la doctrina.

Ahora bien, Serruys se refiere sólo a la presencia de una determinada ideología (en nuestro caso, la cínica) en un texto literario concreto. Pero cuando hablamos de *kynikòs trópos* no nos referimos a aquellas obras que reflejan de un modo u otro el pensamiento cínico. El ámbito del *kynikòs trópos* no viene delimitado por lo ideológico, acogiendo todas las composiciones que se aprovechan de aquellos temas, recursos o formas literarias que el cinismo descubrió o hizo suyos, aunque la "Weltanschauung" que domine la obra en cuestión no tenga nada que ver con la de Diógenes de Sínope. De hecho, van a ser estos elementos literarios —y no los puramente ideológicos— los que nos tracen el camino a la hora de rastrear rasgos reconducibles al cinismo, sobre todo a partir del momento —temprano, por cierto— en el que el pensamiento cínico queda prácticamente absorbido por la "izquierda" estoica. Las conclusiones de Serruys, sin embargo, pueden sernos muy útiles, ya que cuanto el filólogo francés dice respecto a los rasgos ideológicos puede aplicarse a la hora de estudiar las características literarias.

Con ello, quedan brevemente expuestas las líneas generales del método seguido a la hora de analizar la presencia del *kynikòs trópos* en diversos textos, cosa que integra una parte del presente trabajo. Con todo, no acaban aquí los propósitos del mismo: a partir de las huellas de la manera de hacer cínica rastreadas a lo largo de ocho siglos de literatura antigua y tratando de no perder nunca de vista lo que había producido ya con anterioridad la cultura griega, pretende llegar a analizar la formación de este *kynikòs trópos*, arrojando la mayor luz posible sobre sus notas de originalidad y tradición. Es decir, centrar el alcance de la revolución cínica en el plano literario, fijando en lo posible lo que debe y lo que aporta y siguiendo los meandros, tantas veces sorprendentes, de su curso hasta la caída del Imperio Romano.